

## LA FUNCIÓN GENUINA DE UN ESCRITOR ES PRODUCIR UNA OBRA MAESTRA

*Sergio Mansilla Torres*

En el segundo semestre de 2000 mi entrañable amigo, compañero de andanzas literarias, Carlos Trujillo, poeta el mismo y profesor de literatura de la Villanova University en los Estados Unidos, me solicitó responder una especie de cuestionario que incluía un reporte de datos curriculares y la exposición de algunas ideas sobre mi propio trabajo literario. Han pasado casi 10 años desde entonces. Releídas mis notas, me ha parecido que algunas de esas consideraciones mantienen vigencia, no sólo en lo que concierne a mi propio trabajo literario (algo que, por lo demás, no tiene por qué importar a nadie que no sea yo mismo) sino a una cierta manera de ver la literatura que sospecho podría tener un valor para quienes han hecho de la poesía el centro motor de su más íntimo quehacer existencial.

Menciono más abajo un libro en preparación: *Prosa de la insidia del aire*. Bien, tal libro hasta ahora no ha pasado de ser un proyecto. Por el camino, en cambio, apareció *Óyeme como quien oye llover* en Canadá, por los buenos oficios de mi amigo Elías Letelier, con apoyo de la Universidad de Los Lagos, y una colección de poemas relacionados con eje temático de un Chiloé a la vez físico y metafísico agrupados —los poemas— bajo el título de *Cauquil*, gracias al entusiasmo de Marisol Vera de la Editorial Cuarto Propio y con el apoyo del Fondo del Libro y la Lectura. El libro anunciado/prometido en 2000 se ha venido transmutando en otros escritos los cuales pueden llegar o no llegar a ser libros. En cierto modo, soy autor de un solo libro en perpetuo estado de escritura.

Lo que viene es una versión fragmentaria de lo que en su momento le respondí a Carlos Trujillo.

*Osorno, Chile, julio de 2009*

## BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL SOBRE SERGIO MANSILLA

No tengo datos al respecto. Algo se ha escrito; me han dicho que habría incluso seminarios de título escritos sobre mi poesía (uno en la Universidad Austral, al menos). Yo no los conozco, salvo tu propia tesis doctoral y el prólogo de Iván Carrasco a *Noche de agua*. Marcelo Pellegrini publicó una reseña de *De la huella sin pie* en la *Revista chilena de literatura*, pero rastrear estas cosas es, en verdad, algo completamente superior a mis fuerzas. Con motivo de la segunda edición de *De la huella sin pie* han aparecido varias notas en la

prensa sobre mi libro, pero yo no las tengo. Discúlpame, pero, como puedes ver, aquí no te puedo ayudar.

Tengo, sí, la certeza de que soy un poeta muy poco estudiado pero, comparativamente, bastante leído y conocido por el lector común de poesía, el lector no especializado. En parte quizás se deba a que no hago ningún esfuerzo por hacer llegar mis publicaciones a críticos profesionales que viven en Chile; pero sí me esfuerzo para que mi trabajo llegue al lector común, sobre todo a la gente joven que vive en mi misma aldea (aunque no sólo a ellos desde luego).

#### PROYECTOS ACTUALES

Estoy trabajando sobre un nuevo libro de poemas que, tentativamente, se titulará *Prosa de la insidia del aire*. En lo formal será un libro de poesía mayoritariamente escrito en prosa; muy político —tanto o más que la sección “Paisaje con un cuchillo en el centro” de *El sol y los acorralados danzantes*— pero a la vez muy metafísico: quiero llevar a los extremos una reflexión sobre el sentido del ser que necesita ser no-ser para sí-ser. Lo de “insidia del aire” apunta a esa doble condición que tiene el aire: que da vida con su oxígeno, pero que con ese mismo oxígeno nos oxida y nos mata inevitable, justa y necesariamente. La insidia es del aire y también de nuestros propios deseos y fantasías que, por un lado, nos mueven hacia un cierto destino y, por otro, nos hacen ver que ese destino no es sino el pretexto para el desgaste, la desilusión, para ser más lúcidos y, por eso mismo, menos felices. Los poemas en prosa se prestan, a mi modo de sentir por estos días, más para el excursus lento, meditado sobre estas curiosas paradojas que están ahí por nuestra misma condición de individuos pensantes. Es también la insidia de la historia: ésa que en Chile soñamos con fervor a nuestros 20 y 30 años y que no ocurrió, no se realizó, porque, quizás, no tuvimos el coraje de realizarla, o, porque si aun teniéndolo, no tuvimos la sabiduría para ser verdaderos políticos y no simples amadores y armadores sempiternos de una palabra luminosa pero esquelética que ostenta, con suerte, débiles signos vitales en el sueño.

#### HISTORIA PERSONAL DE MIS LIBROS

Comencé a escribir, como sabes, en 1975. Cuando digo “comencé a escribir” me refiero a escribir con conciencia de tener que producir poesía, crítico conmigo mismo, midiéndome con quienes eran hasta entonces los grandes poetas que yo conocía. Pero no fue sino hasta 1986 que publiqué mi primer libro, *Noche de agua*, a través de Efraín Smulewics, dueño (o algo así) de la Editorial Rumbos de Santiago. Eran tiempos de severas restricciones económicas en el presupuesto familiar. Me había casado con Sandra en 1983, en octubre. En

diciembre de ese mismo año me exoneran de mi trabajo como profesor de castellano en el Colegio Ramón Angel Jara de la localidad de Los Muermos (un colegio religioso del Sagrado de Corazón de Jesús administrado por monjas españolas y chilenas de evidentes tendencias derechistas) y quedé sin tener dónde caerme muerto, como decimos en Chile. Mi esposa estaba entonces embarazada, de casi tres meses, de mi hija Milena y, al quedar yo sin trabajo, no podíamos seguir pagando la renta, de modo que nos quedamos sin casa, sin nada. Pero también se dice “Dios aprieta pero no ahorca”; así, con la solidaridad de amigos, familiares e incluso de mis propios jóvenes alumnos pudimos trasladar nuestras pocas pilchas a casa de un tío de Sandra (Juan Ampuero es su nombre) y salí en una larga odisea por el sur de Chile buscando trabajo. Eran tiempos malísimos para la libertad, tiempos de desconfianza y de miedo. Hallar trabajo de profesor de español de secundaria era en sí difícil, más todavía si sabían —y no era difícil saberlo, pues el caso apareció reiteradamente por la prensa— que acababa de ser exonerado; de inmediato caía sobre el afectado la sospecha de ser “comunista” (“por algo sería que las monjas lo echaron”, debe de haber sido el pensamiento que acudía a la mente de quienes invariablemente me decían que no cuando solicitaba trabajo, que tal vez más adelante). El hecho es que de tanto ir y venir me contrataron para hacer unas cuantas horas de clases en el antiguo Instituto Profesional de Osorno, hoy Universidad de Los Lagos, ciudad a la que nos trasladamos en marzo de 1984.

Ese año fue una pesadilla: pobres como las ratas, apenas si nos alcanzaba para pagar la renta de una casucha miserable. Las cosas, sin embargo, empezaron a mejorar con el nacimiento de Milena (“vino con marraqueta”, como comúnmente decimos en Chile), pues encontré un mejor trabajo en un colegio de jesuitas y al año siguiente pudimos vivir en una casa decente. Esta “bonanza” económica me hizo pensar en la posibilidad de publicar, sabiendo que, a menos que ocurriera un milagro, el primer libro tendría que autofinanciarlo de mi propio bolsillo. Yo era un poeta joven que había publicado bastantes poemas en revistas (“Aumen”, principalmente), incluso había aparecido en una antología que hizo Steven White en USA, pero para efectos de concitar el interés de algún editor yo era nadie. Armé *Noche de agua* en 1985, en los pocos momentos libres que me dejaba el esclavizante régimen laboral que yo tenía, y terminé el manuscrito en enero del 86, en mis vacaciones. Di con la Editorial Rumbos porque Smulewics tenía una librería en Osorno, y como solía ir a comprar de vez en cuando, por ahí venimos en conocimiento con quien fuera en cierto modo mi primer editor (en rigor, él fue mi primer publicador). Yo no tenía dinero para pagar la edición; conseguí algo de dinero de Instituto Chileno-Alemán de Cultura de Osorno (a cambio de un cierto número de ejemplares) y el resto lo pagué con un préstamo el que a su vez tuve que pagar mediante la venta acelerada de mis libros.

Nunca más he vuelto a sentir la emoción que sentí al ver *Noche de agua* como libro. Todo el esfuerzo habría valido la pena sólo por esa emoción irreplicable, profunda, por ese

acto quijotesco de publicar algo que estaba lejanísimo de ser un producto comercial y sujeto a un destino absolutamente incierto. El libro, sin embargo, lo vendí bien y rápido. Me di cuenta de que, al menos en Chile, la poesía despierta un enorme interés aun en personas en apariencia completamente alejadas de los ambientes literarios. Puede ser que muchos hayan comprado entonces mi libro por lástima; pero también hubo muchos que compraron el libro por un genuino interés y gusto por la poesía. Al cabo de un par de semanas, cuando los encontraba de nuevo, me citaban versos de memoria y me comentaban poemas que particularmente les habían llamado la atención. Esto siempre para mí ha sido importante, gratificante, aunque estoy muy consciente del valor y de la necesidad de los juicios técnicos emitidos por lectores especializados y rigurosamente críticos. Con todo, no se escribe deliberadamente poemas para críticos sino para lectores (u oyentes) en general (unos más perspicaces que otros, sin duda); la poesía tiene que decirles algo, tiene que ser el registro de un sentir tribal de manera que, de un modo u otro, los lectores se reconozcan en los textos; pero, a la vez, sin dejarse arrastrar por esa especie de populismo estético que subyace en autores que miden la calidad de sus trabajos por los aplausos recibidos (y si son de manos cuidadas mejor), aplausos que se prefabrican por una vía u otra. No. No me interesan los aplausos prefabricados. Si alguien escribe una tesis sobre mi poesía, bien, lo celebro. Si una mano anónima copia un verso mío en un grafiti callejero (como efectivamente ha acontecido), muy bien: la poesía sale al ruedo de la vida cotidiana, como tiene que ser.

Mi segundo libro, *El sol y los acorralados danzantes*, también lo autofinancié. Pero ya no eran los tiempos de 1986; me hallaba en USA estudiando en la Universidad de Washington (1991). Por ahí recibí unos dólares que no estaban en mis planes y que sirvieron para financiar la edición que se realizó en Valdivia gracias a la dedicación y cariño de Oscar Galindo y David Miralles, quienes con infinita paciencia dada la precariedad de medios, hicieron el montaje de una composición computacional que yo mismo hice en la Universidad de Washington y se aseguraron de que la edición saliera con dignidad. Cesar Díaz Cid y Roberto Arroyo colaboraron también con el cariño de siempre; todos amigos entrañables: ¿qué sería de los poetas sin sus amigos? Sin la gente que los ama, los poetas no serían nada.

Con los demás libros es otra historia. *De la huella sin pie*, en su primera edición, se publicó con el financiamiento íntegro de la Universidad de Los Lagos. La segunda edición (2000) aparece bajo la responsabilidad de la Editorial Cuarto Propio, de Santiago. *Respirar en el desfiladero* se publica con fondos del gobierno regional (X° Región) por ser el libro ganador ganador de un concurso de obras inéditas. Pero estoy lejos, en realidad, de decir que ahora sí tengo editor. Cuarto Propio es una editorial pequeña, que lucha por sobrevivir en un mercado muy contraído para los libros. Ellas (es una editorial manejadas por mujeres) hacen un excelente trabajo, pero no pueden hacer milagros. No tengo idea si hallaré o no editor para

mis próximos libros de poesía que vienen ya en camino. Pero eso no es un problema para escribir; desde que tengo memoria he escrito con esta incertidumbre.

#### MÉTODO Y FORMA DE TRABAJO

Soy esencialmente un poeta solitario, en el sentido de que el proceso escritural lo mastico solo. Salvo cuando estoy en la última etapa, cuando ya tengo el manuscrito completo suelo mostrarlo a amigos para que den alguna opinión. Lo que sí hago es que en diversas lecturas poéticas a las que suelo ser invitado, siempre leo algunos poemas recientes para ir sopesando las reacciones de la gente y mis propias reacciones al hacer público algo que hasta entonces pertenecía al exclusivo mundo privado. Trabajo sobre un plan relativamente vago, un par de ideas fuerzas a lo más. Escribo y reescribo, leo y releo mis escritos y de ahí se me va haciendo visible una cierta columna vertebral de sentido que, una vez relativamente configurada, opera como un polo de atracción para nuevos escritos.

#### PAPEL DEL INTELLECTUAL EN LA SOCIEDAD CHILENA

Quisiera responder, en parte, a tu pregunta con este texto ¿poético? inédito a la fecha y que, espero, forme parte de mi libro en preparación *Prosa de la insidia del aire*.

*Aunque es claro para todos, no lo es para ti. Preguntas: “¿en razón de qué escribes tantas poesías que no hacen reír a nadie?” Ya veo que quieres poesías que no impacienten el tranquilo ritmo de las patologías, que no detengan el deslizamiento suave de éstas, como cuando la seda es arrastrada apenas sobre un piso limpio y lijado con pulcritud extrema. Déjame decirte: tengo un libro áspero en mi boca, producto de recesiones galopantes que terminan siendo el aire mismo que nos mantiene vivos: ya perdí la capacidad de imaginar las cosas sin tales desórdenes que no son sino el orden claro, transparente, profundo, de la nada, de la estulticia o de la usura.*

*Sé que no me explicaré; la voluntad de entender no es suficiente, menos cuando el asunto mismo no podrá agotarse nunca por más que los doctos celebren debidamente los lances de la palabra. Deberías —me digo— leer a Cyril Connolly; arrojar todo lo que crees amar a la basura de los días. Sé que es demasiado. ¿Pero escribiría yo sin el exceso —a veces inocuo, a veces pertinente— de ser y no ser?*

*Llegada la hora, ojalá la niebla entre, con una larga sonrisa, a la ausencia de las ropas perfumadas, deposite en mi frente el último beso de los labios que amé, deje al fin tranquilo al cuerpo cansado de tantas promesas que no cumplió ni le cumplieron, de tantas buenas ideas que murieron en cuanto llegaron a oídos de los grandes...*

*Comprenderás mi razón (si es que ésa fuera la palabra que aquí conviene) para amar el olvido y sus placeres, para amar la negra tierra que no habla pero que trabaja sin cesar sus castillos en los que habitarán todos los que no tienen a dónde ir en este mundo.*

Debería, quizás, explayarme más sobre el papel del intelectual en el Chile de hoy, pero es que no sé cuál es el papel. ¿Voz de los que no tienen voz? No lo creo. ¿Renovador de la sensibilidad y del lenguaje? No lo creo. ¿Vidente, iluminado por la poesía? No lo creo. Acaricio más la idea del poeta artesano, que, lejos de toda pretensión de “gran arte”, pacientemente pule la piedra, la madera, el metal, para que al fin aparezca algo que no llevará su nombre, una belleza anónima que puede pertenecer a todos. Un barco de salón por año, un mortero de piedra cada seis meses, un par de medias rústicas de lana de vez en cuando: la poesía a esto podría ser comparable, si es que tiene algún sentido que se la compare con algo. Si hay alguna respuesta a la inquisición sobre el rol de los artesanos, ésa misma valdrá para el poeta y la poesía.

#### HACIA EL PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN

En dictadura mi trabajo creativo no difiere en lo esencial del trabajo creativo que hago y he hecho en democracia. Es la misma, poderosa, aunque no siempre fecunda, insatisfacción con una realidad que no da espacio para el sosiego: siempre andando a la mala, contra la corriente en la que no me puedo dejar arrastrar sin sentir una sensación de irreprimible abyección. En dictadura, la diaria contingencia política apremiaba tanto que la escritura se volvía, aun sin querer, en documento de barbarie y afirmación de la vida en su más estricto sentido. No era posible escaparse del efecto monstruoso de la dictadura; lo combatíamos con nuestras armas más preciadas: la imaginación y la belleza, pero hay que reconocer que la dictadura penetró aun en los sueños, en la raíz misma del imaginar para la libertad, para la justicia, para la tolerancia. Perdí el trabajo una vez, y otras muchas me dormí pensando en un nuevo país para mis hijos.

Han pasado los años, una década de democracia. Hoy ya tengo 42 en este cuerpo que fiel me acompaña y creo que mi generación no fue capaz de construir un mejor país para nuestros hijos. No hay dictadura política: pero hay una invisible dictadura del mercado y de la economía que torna al poeta en un producto residual de un “antiguo orden” en extinción. Ciertas cosas han mejorado, sin duda: la calidad de vida, la seguridad personal, la libertad para opinar. Pero no es del todo satisfactorio: Chile es un país gobernado por ciertos economistas, los militares y la iglesia católica, todos con un sesgo derechista. No habrá un cambio en serio hasta que se destruya la raíz misma de la que se alimenta el conservadurismo hipócrita de los militares y el de la iglesia y hasta que los economistas vuelvan a su rol de

técnicos al servicio de una clase política educada y con sentido común. La revolución (palabra que hoy día nadie usa y que reivindicó) está en las ideas, en la mente, en la capacidad para organizar y gestionar la realidad en vistas de un objetivo potente y duradero. Para esto, hay que reformular el fondo de la educación; asumir la batalla ideológica en ese terreno, con rigor, con pertinencia, con un sentido de solidaridad social e histórica. Semejante cosa no ocurrirá nunca mientras mentes pusilánimes, cuya estrecha visión de las cosas les impide visualizar otra(s) historia(s) posible(s), estén tomando las decisiones claves del estado. La Concertación, en este sentido, ha sido un fiasco.

Desde el punto de vista estético, el fin de la dictadura de Pinochet significó tener que replantear temas y, sobre todo, replantear la estructura del sentir fuertemente marcada por la urgencia de tener que escribir contra la barbarie. En un principio, los vientos de libertad parecía que se podrían convertir en un temporal incontenible que arrasaría con aquellas estructuras que sostuvieron por años a la dictadura y asegurar que nunca más se repetirá un período de oscurantismo como el del gobierno de Pinochet. No se trataba —y no creo que nadie con real sentido común lo haya seriamente considerado— de dinamitar todo lo que la dictadura había hecho, pues es obvio que no se puede dar marcha atrás en la historia y volver a un punto cero. Lo que esperábamos (no lo debimos esperar, lo debimos hacer) es que quienes sostuvieron la dictadura, sobre todo los asesinos y torturadores, sean juzgados y que se debilite a tal punto la ideología neoliberal-neofascista que sostuvo al régimen que nunca más esta forma de pensar y hacer tenga la posibilidad de ser gobierno. No ocurrió así y eso me duele; me duele de una manera personal, pues no he podido darle un mejor país a mis hijos y ellos van a tener todavía que pagar el precio de las incapacidades históricas de nosotros y de otros de antes de nosotros.

Mi poesía en la última década no ha cambiado, sino sólo como resultado natural del proceso de madurez de mi propio quehacer. Ciertos temas “metafísicos” (el tiempo, la muerte, el sentido o sin sentido del ser-existir), que han estado presentes desde el inicio de mi trabajo, han adquirido un preponderancia mayor; se me ocurre que esto es resultado de la edad, de mis circunstancias personales, de mis lecturas. No veo que haya una directa relación entre cambios en mi poesía con situaciones contingentes concretas, salvo por el hecho de mi natural desconfianza con lo que nos es dado o arrebatado.

Me gustaría terminar esta “conversación” con esta cita de Connolly: “Cuanto más libros leemos, mejor advertimos que la función genuina de un escritor es producir una obra maestra y que ninguna otra finalidad tiene la menor importancia” (“Ecce gubernator”, *La tumba sin sosiego*. México: Premia Editora, 1987).

*Osorno, Chile, noviembre de 2000*